

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NÚMERO 4.º—15 DE SETIEMBRE DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Noticias para la historia de nuestra métrica sobre una nueva especie de versos castellanos, (continuacion) por D. M. Menendez y Pelayo.—A Nuestro Señor Jesucristo, A la Iglesia, La tentacion, (sonetos) por D. G. Laverde.—La Montañesa, (continuacion) por D. Amós de Escalante.—La Quebrada, por D. Adolfo de la Fuente.—Tiros trashumantes.—V.—Un artista, por D. José M.ª de Pereda.—A., por D. Tomás Fernandez de Castro.—Averiguador de Cantabria.—Sección bibliográfica.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

Esta publicacion, que existe desde 1.º de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de la parte literaria, amena é instructiva, ilustrada con excelentes grabados; de pliegos de dibujos para bordar, y alternando figurines, patrones y piezas de música.

En la edicion de labores.—Reparte siempre modelos para toda clase de labores y modas del bello sexo y piezas de música.

En la edicion de modas.—Reparte figurines iluminados y patrones de tamaño natural cortados expresamente en París.

En la edicion de albums.—Abecedarios de todas clases y tamaños, y una completa coleccion de modelos para muestrarios, etcétera, á 6 y 8 rs. cada uno.

Además de estas *tres ediciones*, facilita los dibujos picados que se deseen pasar á las telas, y se encarga de todos los pedidos de bordados.

Ofrece *grandes primas, rifas mensuales* de objetos de valor y *regalos* de importancia.

Precio.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre 26, y año 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y un año 64.—Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los albums.—Las tres ediciones: Madrid, trimestre, 24; semestre, 44; año, 80; y provincias, 28, 50 y 88 rs. respectivamente.

Anuncios.—A precios convencionales.

Para más detalles, pídase el prospecto á la Administracion, Barco, 2, duplicado 3.º.—Madrid.

Se suscribe en la redaccion de este periódico.

BOCETOS AL TEMPLO, por D. José M.º de Pereda.—12 reales.

QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA, proverbio en dos actos, por don Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

LA AMARGURA DEL PLACER, drama en tres actos y en verso, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

Se venden en la Administracion de este periódico.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

(CONTINUACION.)

II.

Y *¿qué es el verso laverddico?* preguntarán nuestros lectores. *¿Por qué recibe ese nombre?* El *por qué* lo diremos después; ahora baste saber que el *laverddico* es un verso de nueve sílabas. *¿Y por ventura es nuevo el verso eneasílabo?* se nos replicará. Duro, ingrato, desapacible al oído, y, por lo mismo, poco usado sí será, pero *¿nuevo?* Distingamos: el verso de nueve sílabas existe de tiempo atrás en nuestro Parnaso; pero no todo verso de nueve sílabas es un *laverddico*. Del mismo modo, el *sáfico* es un verso endecasílabo; pero no todo endecasílabo es *sáfico*. La legitimidad del verso eneasílabo ha sido por muchos puesta en duda, y no faltan preceptistas que para nada le mencionan. Existen, sin embargo, diferentes ensayos en este metro, que conviene recordar como fundamento de nuestra tarea. En el verso de nueve sílabas podemos distinguir tres especies, que clasificaremos por los nombres de sus introductores, á la manera que los naturalistas dan á las plantas el de sus descubridores ó aclimatadores. En tal concepto, existen el verso *iriarantino*, el *espronceddico*, y el *laverddico*.

Al colocar el nombre de Iriarte al frente de la primera clase, no entendemos negar la existencia de ensayos anteriores. Por descuido de los poetas ó de los copistas, aparecen versos de nueve sílabas en los primitivos monumentos de nuestra poesía *vulgar* escrita; su falta de hilación demuestra la *no intencionalidad* de tales metros. En un cantarcillo inserto al fin del *Introito de los Menemnos*, de Juan de Timoreda, se leen algunos eneasílabos mezclados con versos de ocho. Posteriormente no hemos hallado, por más que con diligencia los buscásemos, ejemplos de versos eneasílabos, sino por

descuido de malos metrificadores. Sólo en las *Fábulas literarias* toma este linaje de versos carta de naturaleza. De intento hemos reservado para este lugar la noticia de coleccion tan celebrada que, entre sus excelencias, tiene la de ser una *Arte métrica castellana* con cuarenta diversas combinaciones rítmicas, excluyendo únicamente las imitaciones de metros clásicos, poco adecuados á la fábula. Allí aparecieron por primera vez, que sepamos, los pareados de doce y trece sílabas, á la francesa; los endecasílabos, con acento en la cuarta y sétima (1), y algunas otras novedades que no han tenido éxito en su mayor parte. Allí se lee tambien la fábula, harto conocida, de *El Manguito, el abanico y el quita-sol*, escrita en versos *iriartinos*:

Si querer entender de todo
Es ridícula presuncion,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa cierto día
Dando estaba conversacion
A un abanico y un manguito
Un paraguas ó quita-sol, etc., etc:

Estos versos, sin otro acento que el de la octava, son durísimos, poco ó nada cadenciosos, y no resisten la prueba de la lectura. Por eso han sido justamente abandonados en toda composicion escrita para ser leida. Pero ayudados de la música llegan á ser tolerables, y, por tal razon, es frecuente su uso en los cantables de las zarzuelas. Musso Valiente los usó en *La Cierva Herida*, composicioncita muy linda, á pesar de la dureza y disonancia del metro que allí se combina con los eptasílabos.

En 1801 vió la luz pública en Valencia la *Poética* del esclavizado jesuita D. Juan Francisco Masdeu, obra destinada á la enseñanza de una dama, y dividida en nueve diálogos. En este libro, que por lo demás no corresponde á la justa fama de su autor, se indica una nueva especie de versos de nueve sílabas, distintos de los *iriartinos*, y que en su cadencia presentan cierta analogía con el decasílabo usado en los himnos. Nadie recogió por entonces esta indicacion; pero en la tercera década de nuestro siglo, Espronceda, que probablemente no habia leido la *Poética* de Masdeu, empleó el eneasílabo, por él apuntado, en su obra maestra, es decir, en la admirable leyenda de *El Estudiante de Salamanca*, al des-

(1) Intencionalmente, se entiende.

cribir en todo linaje de metros las horrendas visiones de don Félix de Montemar, amalgama sublime del Burlador de Sevilla y del Estudiante Lisardo:

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó...

¿Para qué citar más, si el poema entero está en la memoria de todos? En el uso del verso *espronedáico* apenas ha tenido imitadores el discípulo de Lista (1). La Avellaneda maneja este metro con singular felicidad en dos composiciones suyas; la primera lleva por título *La noche de insomnio y el alba*, la segunda está rotulada *La Cruz*. El *espronedáico*, como todo verso de nueve sílabas, no es para usado en largas tiradas. La semejanza que se observa entre su cadencia y la del verso de diez sílabas, generalmente destinado á los himnos, hace que pueda sin violencia combinarse con él. ¿No es fácil el tránsito de los citados versos de *El Estudiante de Salamanca* á estos que se leen á continuación:

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo ruido
Mil espectros alzarse miró...
Y despues entre sí se miraron
Y á mostrarle tornaron despues...

¿Y quién duda que los primeros harían buen efecto combinados con los segundos? Por igual razón agradan enlazados con los *dodecasílabos*, y esto abre ancho campo para variedad de combinaciones agradables al oído, que remedien la rigidez del metro cuando se presenta aislado.

Un anuncio de la tercera especie de versos eneasílabos se halla en el siguiente *Himno* que inserta D. Sinibaldo de Más, al hablar de los metros fundados en el acento prosódico, en su *Sistema musical de la lengua castellana*:

Al arma, hijos del Cid, al arma,

(1) Zorrilla le emplea en la *Leyenda de Alhambra*. Pueden citarse además ejemplos de Bermúdez de Castro, de Valera en su precioso *Euforion*, etc., etc.

Se empúñe el formidáble hieirro,
Corrámos al combáte prúnto,
Y séa la vengánza cruél,
Corázas, carruájes, cáscos,
Cabállos refulgéntes lánzas,
Milláres de guerréros brávos
Ocúlten á la tierra el sól.
Tremóle la bandéra hispána,
Y tiémble el sarracéno, tiémble,
Que Dios nunca abandóna al súyo,
El triúmpo de la crúz será.

El mismo Sinibaldo de Más presenta una silva compuesta de versos tredecasílabos y eneasílabos *iriartinos*, de esta manera:

A disfrutar los resplandores,
Insensible profano, vé del rey del dia,
Y aquí me deja á mis amores,
Que las horas son ellos de la noche umbría.

Pero esta combinacion es insufrible. Más aceptable es la siguiente, compuesta de tredecasílabos y *laverdáicos*:

Al astro que despide ardores,
A ese sol refulgente que es el rey del dia,
Prodiga hombre feliz loores,
Y me deja á mí solo con la noche umbría.

Aquí el mal está sobre todo en la union de los versos de trece sílabas que hacen insoportable la composicion. Y esto es cuanto conocemos de ensayos anteriores al metro *laverdáico*.

Damos este nombre al género de versos de nueve sílabas que si no ha inventado, á lo ménos ha usado más y mejor que nadie, fijando sus leyes y estableciendo variedad de combinaciones, el esclarecido literato montañés-asturiano señor D. Gumersindo Laverde y Ruiz. El nombre de este escritor elegante y eruditísimo es bien conocido de cuantos en nuestra pátria se dedican á estudios filosóficos y literarios. Crítico de gusto seguro y acendrado, más propenso sin embargo al encomio que á la censura; docto sobremanera en todo lo que á nuestra historia literaria pertenece; campeon infatigable de la filosofía española, en pró de la cual ha dirigido una generosa cruzada, produciendo (justo es decirlo) notables resultados, que esperamos se aumenten en lo sucesivo; ingeniosísi-

mo autor de trazas y proyectos admirables, que de realizarse por él (como en Dios confiamos) habian de dar copiosos frutos, anudando el hilo de nuestra tradicion científica, há tiempo desdichadamente roto; todas estas altísimas cualidades reúne el Sr. Laverde, y de todas ellas dió gallarda muestra en la coleccion que con el modesto título de *Ensayos críticos* publicó en Lugo en 1868. Si nuestros elogios parecieran hijos de la cariñosa amistad que con él nos liga, ó del entusiasmo que por nuestras glorias provinciales sentimos, léase el prólogo que al frente de ese volúmen colocó el eminente crítico, poeta y novelista Sr. D. Juan Valera. La reputacion del Sr. Laverde como escritor de erudicion profunda, aguda crítica, castizo lenguaje y ameno y deleitoso estilo, es superior á nuestras alabanzas. Pero lo que muchos ignoran es que el docto catedrático, conocido sólo como prosista, es tambien un notable poeta, uno de los vates más verdaderamente *líricos* de la generacion actual. Su inspiracion es por excelencia *subjetiva* y con frecuencia tierna y melancólica. La personalidad del poeta brilla en cada uno de sus versos, y sus versos son tan hermosos como su alma. No pertenece el Sr. Laverde á la escuela salmantina ni á la sevillana; no forma parte de ninguno de los grupos literarios ménos famosos; es poeta original y espontáneo, y aparece no obstante enlazado con la pléyade de ingenios un tanto soñadores y meditabundos que en Galicia, en Asturias y en las montañas de Santander forman lo que pudiéramos llamar *escuela del Norte*, no estudiada ni clasificada aún, que presenta notables analogías, debidas, no á la imitacion, sino á la semejanza del *medio* en que se ha producido, con la poesía escocesa y alemana (1). El Sr. Laverde, que participa como pocos del carácter dulce y nebuloso de esta escuela, ajusta sus inspiraciones á la más bella de las formas artísticas, á la forma griega, produciendo así una alianza de clásica morbidez y de romántica melancolía, en que la pureza, la nitidez y la esquisita tersura de los accidentes agradan más por el aparente contraste con lo ideal y aéreo del fondo. El Sr. Laverde ha cultivado mucho el sáfico, escribiendo en el metro de Lésbos composiciones de lo más acabado que en su género tiene en nuestra lengua. Sirva de muestra *La Luna y el Lirio* que á continuacion transcribimos. Escrita en 1857, apareció al año siguiente en la *Revista de Asturias*. Nuestros lectores van á disfrutarla con numerosos aumentos y correcciones, tal como aparecé en un borrador autógrafo que la suerte ha traído á nuestras manos:

(1) En Pastor Díaz, en Enrique Gil y en otros poetas ménos conocidos son visibles estos caracteres.

LA LUNA Y EL LIRIO.

Astro de paz que silencioso y místico,
Cual vaga imagen de perdida gloria,
Del negro monte en la erizada cresta

Lento apareces,
Tú que los campos y los mares orlas
De vaporoso indefinible encanto,
Sol de los tristes, del misterio amiga,

Pálida luna,
Qué anhelo es este que me embarga extraño,
Cuando al reposo universal presides?
¿Por qué á tu frente embelesado miro?

Tú también penas?
Como atraído por imán potente,
Hacia tu disco nacarado tiendo;
¿Late en tu seno el corazón de un ángel?

¿Amasme acaso?...
¿Dó fueron ya las inocentes horas
En que á esa adusta y enriscada cima,
Cogerte ansiando, tras de tí volaba,

Crédulo niño?
¡Ay! en el punto de ganar la altura
Mi fe burlabas, redregando esquivo,
Sobre distantes superiores, cumbres
Resplandeciendo.

Así á la dicha perseguí en el mundo,
Así eludió mis juveniles sueños,
¿Cuanto subía por su luz más alto,
Más se alejaba!

¿Cuán otro ahora desde el patrio valle
Vuelvo á tu faz los anublados ojos,
Marchita el alma, en desengaños rico,
Rico en dolores!

¿Quién elevarme á tu región serena,
Y libre allí de terrenales cuitas,
En alto sueño descansar contigo
Diérame, Luna?

¡Ah, te sonríes!... Mas ¿qué voz divina
Rasga los aires, y en acorde acento
Blandas repiten como eólicas arpas,
Ecos y fuentes?

¿Será tal vez inteligencia alada
Que en los aromas del Edén ungida,
A revelarme de tu amor descienda
Suaves arcanos?

¡Es ella... sí... que de sus leves plumas
Siento el rumor, y estremecida el alma
Lánguidamente con afán espera

Su ósculo tierno!

¡Es ella... es ella!... á su rociado aliento
La verde selva por tu luz bordada
Del mar las ondas y apacible ruido

Triste remeda.

¡Sí!... que en las línguas del pimplon (1) fugaces
Casta y profunda su mirada brilla,
Y la armonía de su etéreo lábio

Flébil resuena:

—«De tu existencia en el abril dorado,
Pobre mujer, de liviandad esclava,
Te vió, te amó: su porvenir, su gloria

Puso en tí solo!

»De las pasiones el torrente rauda
A su antro impuro te llevó un instante...

¡Ay! como sombra arrebatada huiste...

No de su alma!

»Quedaste en ella con dolor de vida,
Purificando su letal ambiente,
Como en el seno de podrida tierra

Planta fecunda.

»Y el cautiverio en que infeliz yacía
Rompió, á estos valles dirigiendo el vuelo,
Tórtola amante, cual si aquí piadoso

Tú la llamarás.

»Por tí el abismo conoció en que estaba,
Por tí al Eterno levantó los ojos,
Por tí á esperanzas renació inmortales,

Por tí fué libre.

»En el olvido feneció del mundo,
¡Ni una oracion le consagraste, impío!
Dios su clemencia le otorgó infinita,

¡Dios entró en ella!

»Sea, le dijo, *tu mansion la luna*
Donde tus culpas en destierro expies,
Hasta que el hombre á quien amaste insano

Llore y te ame!

»¿Jamás oíste en la quietud nocturna
De ánima en pena el suspirar profundo?

(1) Pimplon.—Voz provincial de Astúrias. Salto de agua vertical en un torrente ó río pequeño. Viene tal vez del griego *pimpleo* (llenar), porque llena el pozo colocado debajo.

Era la suya que á tu amor errátil
Tierna llamaba!
»Allá del mar en la desierta orilla
Yace su cuerpo en escondida gruta,
Donde entre zarzas solitario vive
Lirio celeste.
»Místico lirio á cuyo cáliz puro
Baja en los rayos de la Luna leves,
Gime con ella cariñoso el viento,
Gimen las ondas.
»¿Tu corazon abandonado llora?
A orar vé allí y encontrarás consuelo...
¡Allí su ardiente corazon te espera!
¡Lloras! ¡Me amas!»—
¡Lloro, te amo, dolorida sombra,
Que los misterios de la muerte sabes,
Y en mi agitado corazon difundes
Soplo de vida!
Como luceros en profunda noche,
En mi alma abiertos con dulzura triste
Eternamente irradiarán tus ojos...
¡Lloro, te amo!
¡Ven á mi pecho!... El ruiseñor canoro
Llama á su esposa, que en gentil gorjeo
Le corresponde, y desalada vuela,
Vuela á su nido.
¡Ven... á cantar las avecillas tornan,
Cantan unidas... y de mí te alejas?...
Muéstrasme el cielo, y en la tierra oscura
Déjame solo!
—«Queda por tí mi corazon velando,
Hasta que puro cual intacta nieve
Brilles, y á Dios como los santos ames...
¡Ámale y llora!
»Mi lirio azul recogerá tu llanto,
Tu alma el Señor...» Con asombrado rostro,
Yerta la Luna en el Ocaso umbrío
Trémula espira....
¿Sueño ó verdad lo que escuché sería?
¿Solo no estoy en mi vigilia inmensa?
¡Un corazon que con el mio lata!
¡Ay, no lo creo!

Si hay muchas poesías tan de véras *líricas* en nuestro Parnaso moderno, yo por mí no las conozco. Por la correccion y

pureza de la forma, es esencialmente clásica esta *fantasía*. Por la vaguedad é indefinible encanto del sentimiento, pertenece con pleno derecho á la *poesía del Norte*. Estos cantos no nacen en las márgenes sagradas del *aurífero* Tajo ó en las del Bétis, *rey de los otros ríos*, sino en las vertientes de los montes pirenaicos, en las rocas donde el mar de Cantábría rompe sus olas. En los poetas del Mediodía todo es *objetivo*, todo luz, color y movimiento; en los del Norte la tendencia es más reflexiva y más íntima, las aspiraciones del alma más vagas, la melancolía más intensa y duradera. Véase otra muestra de las dotes poéticas del Sr. Laverde en la composición titulada:

¡PAZ Y MISTERIO!

¡Qué agitación, qué soledad... columbro
Trémula antorcha en el confin sombrío...
¿Es el amor que á consolarme viene?...
Voy á su encuentro!
¡Noche sin luna!... El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso el grave
Ponto le arrulla.
Perdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las grandas (1) gimen,
Lentas las auras, las silvestres ondas
Lentas murmuran.
¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...
Allá en el monte el ruiseñor gorjea...
Vuelo á la cumbre!
¡Hora á cumplirse algún misterio empieza!
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festín... mi nombre...
¡Fuera del mundo!
¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbra inmóvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno
Brotó radiante!
Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus pies la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.
Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,

(1) *Grandas* y también *gándaras* se llaman en Galicia, Asturias y la Montaña de Santander las rasas abiertas, incultas y bravías.

Plácida sombra en derredor extiende...
Caigo en sus brazos...
Arden al par su corazon y el mio,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazon espira ..
Muero de gozo!
Sigue el festin... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...
¡Paz y misterio!

M MENENDEZ Y PELAYO.

(Concluirá.)

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I.

De imágenes impuras acosado,
Este mezquino espíritu, Dios mio,
A tu ara vuela, como á fresco rio
Ciervo sediento que huye fatigado.
Lazos do quiera tiéndeme el pecado,
Falaz vistiendo mágico atavío,
Los aires envenena, y fuego impío
Prende en mi corazon atribulado.
Entra en mí ¡oh Salvador! y cual radiante
Sol que ahuyenta á la noche y puebla el mundo
De armonías, fragancias y colores,
Disipa con tu luz vivificante
Las sombras que me asedian del profundo;
Lléname de tu gracia y tus amores.

A LA IGLESIA.

II.

¡Alma esposa de Cristo que adornada
De santidad inmensa resplandeces
Y las humanas sendas esclareces,
Entre el cielo y la tierra levantada!

Tú al Excelso encaminas apiadada
Del mísero mortal las tristes preces,
Sus lágrimas enjugas, y le ofreces
Manjar de vida en mesa perfumada.

En tí habita el Espíritu adorable,
Fé y Esperanza tu mirar destella,
Ríe la Caridad en tu regazo.

¡Dame gracia y esfuerzo incontrastable
Para seguir impávido tu huella,
Y á Dios unirte con eterno lazo!

LA TENTACION.

III.

¡Que hasta las gradas de tu altar, Dios mio,
Me han de seguir los sueños de esta vida,
Nublando mi razon desvanecida,
Robando su vigor á mi alvedrío!

Impura lava en desbordado rio
Por mis venas circula embravecida,
Del corazon insano despedida
Como del fondo de volcan sombrío;

Y el maléfico espíritu me brinda,
En múltiple ilusion de rosa y oro,
Pompas aéreas y livianos goces:

¡Ay! ¿dejarás, señor, que el alma rinda
A otro dueño que á tí, cuando te adoro,
¡Tú que mi angustia sin igual conoces?

G. LAVERDE.

LA MONTAÑESA.

(CONTINUACION.)

III.

Pero ¡qué ímproba tarea y dificultosa es compendiar y reducir á un capítulo único lo que fuera materia sobrada para un libro voluminoso! Mediado casi llevo el espacio señalado á mi pluma, apenas hice más que tocar el tipo campesino de las mujeres montañesas, y ya las estrecheces del plan común me obligan á dejar el bosquejo, callando interesantes pormenores (1), si no han de usurpar la parte de tela reservada á otros tipos populares.

Tipos populares digo, porque los de otra especie van fundiéndose en un troquel común, pierden su relieve, su color y demás accidentes pintorescos. Las clases acomodadas, aparte de ciertas gradaciones de urbanidad y de cultura, forman una masa incolora y opaca, en la cual el filósofo y el escritor dramático escudriñan con fruto y hallan para sus libros diversidad copiosa y constante de fisonomías, material insertible para el autor de bocetos de costumbres. Este necesita buscar sus efectos por grandes manchas y abultadas oposiciones de tintas y de formas; en la ingénua desnudez de los afectos, en la castiza rudeza de la palabra, en el corte secular y los matices vivos y elementales del traje las halla, y acaso más principalmente en el punto de vista que le permite ver de lejos y recortar con preciso contorno objetos y figuras. ¡Quién sabe si esos mismos tipos que á nuestros ojos parecen señalarse en la masa social con espresivo vigor y limpieza,

(1) De ellos el aniversario del Patrono de la aldea, celebrado hoy con iguales espectáculos y manjares, danzas, comedia y orondos peroles de arroz con leche, que lo eran en el siglo XVII, según pintura del montañés Lope de Vega.

No son las fiestas honradas
De la mejor aldehueta,
Si no hay grana y lentejueta,
Arroz y danza de espadas.
(La Corona merecida.)

se reconocieran en lo que tomamos por su copia fiel y acabada! ¡Quién sabe si el valor y la importancia que á esa copia damos no consisten en nuestro cabal desconocimiento é ignorancia del modelo!

Sea de ello lo que fuere, todavía un moralista puesto á estudiar la dama montañesa, comparando sus rasgos actuales con los que en edades antiguas la dieron lugar en los históricos recuerdos de la tierra, acaso no la conceptuase desmerecida y mudada de su estirpe.—Todavía conserva la sangre vestigios de las altas calidades y pasiones por donde perpetuaron su nombre no pocas de tan ilustres matronas.—No hallaría de cierto el moralista la descendencia directa y no interrumpida de aquella famosa D.^a María de Velasco, á la cual, ya viuda, un su cuñado Juan de Agüero, celoso del cuidado de sus sobrinos, quitaba á mano airada tres pretendientes sucesivos, asesinándoselos, cual en su cámara, cual á las puertas de su solar; más positivamente encuentra empleado en cosas menores el sentimiento que movía á la magnánima D.^a Leonor de la Vega, fundadora del poder y del prestigio de la casa de Mendoza, que luego se llamó del Infantado, cuando en son de desdenosa súplica pedía al corregidor del Rey, para «chapines de sus doncellas» las rentas que del señorío de la Vega le tenía el mismo Rey usurpadas. Ni dejará su observacion continua de traerle más de una vez á la memoria aquella nieta de reyes castellanos, D.^a Aldonza Téllez, á la cual su marido García Manrique estimó habil y resuelta, en términos de fiarle la posesion primera del condado de Castañeda, que con armas é intrigas la disputaban hidalgos y valles conjurados.

Tal vez no haya provincia española donde más á menudo se vea la mujer obligada, ó por viudez ó por soltería, á desempeñar oficios de varon, entendiendo en los negocios más graves de la vida. Y es acaso frecuente en semejantes empeños salir de las manos femeninas acrecida la casa, ahorrado el caudal, limpia la hacienda de litigios, censos y gabelas que la paralizaban y disminuían.

La noble figura de la dama montañesa—cuando así sucede—es una figura viva, desprendida del estado social de los siglos medios.—Con ánimo siempre igual á los apuros del momento, acepta la dura porfía y nunca desmaya ni desespera.—Ella reparte las domésticas labores á criados y criadas, vigila el cultivo y siega de sus campos, vende sus cosechas, ajusta sus *rozas*, mejora sus aparcerías, no esquivo fatiga ni molestia de ferias ni mercados, ni teme arterías ni rodeos de conferencias ó contratos con chalanes, corredores y Maquia-

velos de monterilla, á los cuales no pocas veces burla, envuelve y desconcierta.

Para llevar adelante su carga á través de años y acaecimientos, posee tres virtudes, que son á la par su estímulo, su consuelo y su recompensa: ciega confianza en Dios, plena conciencia del deber, anhelo poderosísimo, incontrastable de los aumentos de su apellido.

Este sentimiento del linaje es tan riguroso y enérgico en ella,—fuerza es decirlo,—como el sentimiento religioso. En su casto corazon no halló misericordia el pecado de Bethsabé; en su austero orgullo no tiene perdon acto, palabra ó propósito que signifique menosprecio ú ofensa de lo que su sangre merece y espera de cuantos ella juzga en obligacion de saber de su alcurnia, armas y antiguo poder en la tierra.

A impulsos de aquel sentimiento herido desconoce prójimos, reniega de hermanos, riñe con los afines en defensa de los consanguíneos, con los amigos en pró de los parientes; detesta y acusa á los demás lugares del valle, á causa del lugar donde mora, odia y moteja á los otros barrios de la ciudad, en favor del barrio que habita y llama suyo.

Nada olvida de cuanto al respetado blason y su limpieza pertenece, y sabe y recuerda de vista ó de oídas y más puntualmente que ningun rey de armas, los pleitos y discordias, entronques y cruzamientos de las familias, á cual tocó ceder ó dominar en estas ó las otras alianzas, y quién obra bien y quién desacertadamente en preferir ó usar señalado apellido como mejor entre los que heredó de sus mayores.

Desgracia es de todos, y mengua de la justicia, que los anales de los pueblos sean escritos por mano de hombres. Sér orgulloso el hombre, y no poco pagado de sus prendas masculinas, pondera como mejores y excelentes en la mujer aquellas calidades por donde la mujer se le parece ó intenta remedarle, la energía, el entendimiento, la fortaleza y el arrojo; mientras olvida ó deja en tinieblas las que son de exclusiva pertenencia femenina, sus actos de sensibilidad esquisita, su amor ardiente, su misericordia y su resignacion.

Cuenta Lope García de Salazar, viejo caballero y cronista que escribía cuatrocientos años há, que una noble doncella de Avila, traída á la Montaña para mujer de uno de nuestros más poderosos y turbulentos hidalgos, repudiada luego por su mal esposo y obligada á restituirse á su casa paterna, tomó sola y á pié el camino de Castilla; y entrando en las iglesias que encontraba, quemaba sobre los altares candelas hechas de sus cabellos amasados con cera. ¿Qué significaban tan singular ofrenda y los votos que la acompañaban? ¿Ofrecía á Dios la desconsolada hembra las primicias de su her-

mosura, que no habian bastado para seducir y cautivar el corazon inquieto y veleidoso del hidalgo, ó intentaba granjear con ellos el castigo celeste para el desleal? ¿Obraba así de constante ó de vengativa? ¿Habia traído este uso de su patria ó lo habia aprendido en la Montaña?

Pero si los anales escritos no dejan sitio á los fastos del corazon y del sentimiento, la leyenda, que vive y se nutre de su rica sustancia, los pone en luz que nos muestre claro el valor que tuvieron, lo que significaron en dias remotos, cuya restitution y pintura no son ya posibles.

La leyenda se hace anónima, pierde ú olvida los nombres de sus personajes en uno de dos casos: ó cuando contiene varios hechos parecidos, testimonio de lo vivaz, permanente y extenso de la causa de donde se originaron; ó cuando no es relacion precisa de hecho acaecido, sino simbolismo que hace constar ó pretende corregir ó ensalzar por sus efectos la violencia de un sentimiento predominante y señor en una raza, en una época, en un pueblo.

Anónima es la leyenda montañesa de *El Torco de los enamorados*, en punto á su heroína, al menos, que es el respecto que á nosotros atañe.—El Torco ó la Torca de los enamorados está en las asperezas del Val de las Herrerías, cerca de Rávago.—Es una sima ó despeñadero, tumba que fué de los infortunados que la dieron nombre. No es hora esta de contar por menor la historia. Basta á nuestro propósito establecer á qué extremo de ceguedad y fiel correspondencia pudo traer el amor á un corazon de montañesa. Pastora era y de condicion humilde, mas tan hermosa, que los ojos del primogénito del mejor caballero de la tierra habíanse rendido á su hermosura; y tan dulce y pura y afectuosa, y tan dotada por Dios para ser halago y dicha de un hombre, que á los ojos habia seguido la voluntad.—No podia consentir el padre en las esperanzas de su hijo. Matóselas vedándole alimentarlas con el trato y la vista de la muchacha.—Salieron una mañana á caza de altanería los caballeros, con sus escuderos y criados, con su jáuria y sus halcones. En lo más cerrado de la espesura y en lo más entretenido de un vuelo de neblías, apartóse el lastimado mozo de la comitiva y desapareció. Ni supieron de él hasta hallarle muerto en el fondo de la sima con su enamorada. ¿Habíala dicho su desventura? ¿Habíala propuesto acompañarle en la muerte que meditaba? ¿Cómo habian concertado quitarse la vida? ¿Tan suyo era el albedrío de la generosa montesina, que apenas declarada su resolucion de morir, sintió nacida la doncella resolucion igual en su apasionado pecho, y el desesperado esfuerzo necesario para ejecutarla?

IV.

El amor divino, fuego que yace dentro del alma como la centella dentro del pedernal, dándole su misteriosa firmeza é incomparable tersura, alimentó siempre los pechos montañeses, manifestándose en obras acomodadas al espíritu de los tiempos y á las formas infinitas de la caridad.—Ya las titulares de las romerías han dicho al observador que esta generosa tierra cántabra pudiera propiamente llamarse *Tierra de la Virgen María*. En cumbres y hondonadas, en yermo y en poblado, santuarios y parroquiales, ermitas y monasterios llevan las santas é innumerables advocaciones de la Madre de Dios. Diríase que esta tierra antigua quiso envolverse en los amorosos pliegues del manto tutelar de la Divina Señora.—Acaso por haberlas puesto bajo su amparo sacó á salvo en memorables dias y junto con las suyas propias la libertad é independencia de la gran pátria española: acaso no se deja invadir y penetrar por la asoladora fiebre del descreimiento, porque así como en otros dias el invasor enemigo hallaba frente á sí, en cada vereda, en cada desfiladero, la aguda saeta, el certero guijarro de un cántabro intrépido, así la corriente poderosa del mal tropieza al embestir cada breña, cada entrada, con el nombre de la Señora augusta, cuya desarmada faz y abiertas manos pelean contra la ira con la paciencia; contra la soberbia con la humildad; contra la ofensa y el rigor, con el perdon y el beneficio.

Aquella piedad de las montañesas viene atestiguada en épocas remotas entre sí, y harto diversas unas de otras, por nombres que todo el mundo sabe y no hay que buscar en recónditas memorias, abiertas únicamente á eruditos. Doña Fronilde, bienhechora inmemorial, fundadora acaso y acaso Abadesa en Santillana; las viudas y doncellas de Castro-Urdiales, acogidas á su convento de Santa Clara, obra de sus caudales; Doña Ana María de Velarde, calificada de Venerable entre los austeros dominicos, y á la cual debió tanto el célebre monasterio de Caldas de Besaya, que su prior Fray Alonso del Pozo escribió su vida y la dió á la prensa.

A esta tradicion caritativa obedece una fundacion reciente, blanco y modesto edificio alzado en medio de risueñas praderas, el cual llama la atencion del viajero que penetra, bajando de Castilla, en el fresco Valde-Iguña, testimonio de que los apellidos viejos de la montaña no olvidan que siempre fueron tímbrs suyos dar al necesitado el pan del alma, y el pan del cuerpo.

Y á esta tradicion de caridad, que restableciendo el espíritu primitivo de esta virtud sublime la muda ahora de contemplativa en militante, obedecian asimismo las fervorosas que, apenas instalado en el hospital de Santander el hábito de las hijas de San Vicente de Paul, entraron á engrosar sus valerosas filas. (1)

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

(1) Fué la primera la señorita Doña Rosa Prieto Labat, de uno de los mejores linajes de la tierra: desempeñó largos años el penoso y difícil cargo de Secretaria general en la casa madre de París, y extenuada antes de tiempo por el trabajo, falleció en Pau (Francia, departamento del Pirineo Bajo) á 5 de Agosto de 1868.—La inscripción de su sepulcro habla al viajero español la dulce lengua de sus mayores, eco sonoro de la patria, que parece revelar hondas melancolías, las ocultas tristezas de la vida, la agonía y la muerte lejos del suelo nativo.—Fundó el asilo de párvulos en Santander y legó su caudal á los pobres, despues de haberles dado su vida.—Es honra de las santanderinas, que casi todas las alistadas en la nueva orden hospitalaria ocupen cargos principales ó presidan el gobierno de casas de la orden.

LA QUEBRADA.

.....*Alte fosse
Che vallan quella terra sconsolata.*

DANTE.

Profunda cortadura
quiebra la cima oscura
de esos altivos montes,
que limitan los vastos horizontes,
como si al caminar, hundiendo el suelo,
del Cáucaso al Cedar en recta vía,
uno de esos Titanes—que algún día
locos quisieron escalar el cielo—
salpicando hasta el Sol en su carrera
las aguas claras del profundo río
y de estenso fangal el negro barro,
pasado hubiera sobre el monte umbrío
la rueda inmensa de su enorme carro.

Ay de mí! cuántas veces,
en estos crueles días de discordia,
de ancha misericordia
ó de estrecha gumiá al golpe fiero,
ríos de sangre humana,
confundida la infiel con la cristiana,
cambiaron de repente
el hondo surco del gigante carro
en rojo cauce de fatal torrente!

ADOLFO DE LA FUENTE.

TIPOS TRASHUMANTES.

V.

UN ARTISTA

- ¿Gusta V. que le sirva, cabayero?
—Sí señor.
—Sírvase V. tomar asiento aquí... ¿Qué vá á ser?
—¿Cuál?
—Digo si gusta V. cortarse, rizarse...
—Quiero que me afeiten.
—Al momento, cabayero.... ¿Le gusta á V. así el respaldo?
¿Quiére V. que le suba... que le baje?
—No señor.
—Muy bien, ¿Fria, ó caliente?
—Como á V. le dé la gana, con tal que me afeite pronto y bien.
—Oh! como una seda, cabayero... Un poquito más alta la barbilla, si V. gusta... Así... ¿Qué calores tenemos, eh? ¿Cómo se estará asando aquel Madrí! ¿Hace mucho que no ha estado V. por Madrí, cabayero?
—Y ¿qué sabe V. si yo he estado allá alguna vez?
—Oh! yo le conozco á V.
—Pues que sea por muchos años.
—Sí señor. Cuando vino V. á cortarse el pelo anteayer me lo dijo el chico que le sirvió á V.
—Es decir que es V. nuevo en esta peluquería.
—Ocho días hace que llegué de Madrí.
—Como en verano se aumenta la parroquia...
—No señor: yo he venido *de placer*; quiero decir, á baños.
—Vamos, afeita V. por recreo.
—Hágase V. cuenta *de* que sí; porque lo que sucede es *de* que al saberse que yo habia venido, me solicitó el maestro; y yo, por hacerle un favor...
—Ya lo comprendo.

—Como á mí, en dejándome tiempo para bañarme, una hora para el café y otras dos para ir con los amigos al paseo, no me hace falta el resto del día...

—¿Y todos los años viene V. á bañarse aquí?

—No señor. Esta es la primera vez; pero otros amigos de mi arte han venido otros veranos y me han hablado muy bien de este pueblo. Lo demás; yo siempre *he salido* á San Sebastian. Hay muy buena sociedad allí.

—De modo que V. no piensa quedarse todo el año en esta barbería.

—¡Qué ha dicho V.! Dejar yo aquel Madrí... Madrí de mi alma! Desengáñese V. cabayero; nosotros los artistas, acostumbrados á aquel mundo, no servimos para provincias.

—Segun eso, nacería V. allí?

—Naturalmente, cabayero.

—Lo supongo; y supongo tambien que será estremada la necesidad que tiene V. de los baños de mar, cuando sale V. todos los veranos á una miserable provincia para tomarlos.

—Yo le diré á V. lo que hay. Mi papá estuvo en Ultramar muchísimo tiempo desempeñando un buen destino, y á los dos años de venir él de allá, nací yo... Por cierto que mi mamá tuvo un parto atroz... ¿Hace daño?

—¿Cuál, hombre?

—La navaja.

—Vá «como una seda.»

—Es claro... Pues verasté. Yo me crié muy delicadito, y los médicos decían que unos tumores como puños que me salían en salva la parte, eran *escrúfulas*, *ínticas* á las que papá había traído de América.

—Pero las llevaría ya de España.

—No señor, los cojió allá.

—Yo creía que las *escrúfulas* no se adquirían así tan de repente.

—Por eso decían los médicos, cabayero, que cuando las *escrúfulas* se cojen de golpe y á esa edad, ya no se sueltan; y á más á más se pegan.

—Ya me voy enterando.

—Como que mamá, que nunca las había tenido de jóven, se fué á la sepultura llena de ellas... Pues verasté: y criándome yo tan delicadito, dijeron los médicos que necesitaba poco trabajo y mucho baño de mar. Po eso nunca pude ir al colegio; que, por lo demás, mi papá quería que yo estudiara para ingeniero. Pero papá era muy liberal, y murió en la Plaza de la Cebada... de un tiro, cuando la revolucion del cincuenta y cuatro. Entonces mi mamá no pudo con el susto, se le metieron en el cuerpo las *escrúfulas*, y murió tam-

bien. Quedándome yo huérfano y con pocos recursos, me dediqué á este arte, y con él voy viviendo, gracias á los baños de mar que tomo todos veranos... ¿Quiere V. que le descañone?

—Haga V. todo lo de costumbre.

—Y V., cabayero ¿no se dá luego una vuelta por Madrid? Conocerá V. allí mucha gente.

—No tanta como V.

—Oh, yo conozco á todo el mundo... Sobre todo artistas y literatos.

—Andal!

—No sé si vendrá este año por aquí Benito.

—¿Qué Benito?

—Galdós.

—Parece que le trata V. con mucha confianza.

—Muchísima. Cuando salí de Madrid quedaba él dando las últimas *plumeadas* á un libro muy bonito que vá á publicar en seguida.

—Se le leeria á V.

—Porque yo no quise que se molestara, no me le leyó; pero hablamos de él, así, por encima.

—Vamos, le gustará su parecer de V.

—Aunque yo no debiera decirlo... ¿No vé V. que no se riza con nadie mas que conmigo?

—Es extraño eso; porque yo juraria que gasta el pelo rapado.

—Efectivamente; pero yo me referia á la barba.

—Siempre se la ví afeitada.

—Pues se la afeitó yo, cabayero.

—Ah! ya.

—Y la misma intimidad tengo con Adelardo Ayala. Pues ¿y con Campoamor?... El primero que le dió la mano cuando se echó el último *dracma* suyo, fuí yo.—«Gracias, chico, me dijo, y créete que estimo tu enhorabuena como la mejor.»

—De modo que trata V. á toda la literatura por debajo de la pata.

—Hágase V. cuenta que á toda... ¡Qué chicos! Tienen la gracia de Dios... Pues ahí está *Lagartijo* que dice en el *Imperial* á voz en cuello, que la tarde que no estoy yo en la plaza no sabe dar un volapié. ¡Ese sí que *tiene sombra*!

—¿El *Imperial*?

—No señor, *Lagartijo*... Así decimos en Madrid... Cosas de esos chicos del *Gil Blas*. Aquí, en provincias, tiene uno que mirarse mucho para hablar, porque en seguida se *escama* la gente.

—Ya vé V., la ignorancia...

—Es natural; porque no están, como uno, al tanto de las cosas del día... pero allí, aunque no se quiera, hay que *estruirse*... Misté, cabayero; yo estoy todo el año en la peluquería de Prats, que es la mejor de Madrid. Allí el literato, allí el músico; allí el diputado... Para que V. vea: ocho días antes que Salaverría leyera en las Cortes los presupuestos últimos, sabía yo todo aquello del recargo que tanto dió que hablar. Lo mismo me sucedió con lo de los fueros. Así es que yo tengo á montones las papeletas para las trebunas de orden; y si no voy á todas las sesiones es porque, para mí, todo lo que no sea hablar Emilio ó Roque Barcia...

—De modo que es V. de los que llaman «de la cáscara amarga.»

—Pues ahí vera V... No señor. Por de pronto yo no soy *ya* hombre de opinion, porque los desengaños me han hecho *ateo* en política; pero, de estar por alguno, mas bien estoy por los de guante blanco, que, al cabo, se peinan y se afeitan, y son, como el otro que dice, parroquianos de uno. Es que esos oradores yo no sé qué tienen para mí. Bien séase que no los entiendo, ó que lo dicen con cierto... Vamos, ello es que me llevan detrás como si me *dechizaran*... Aquí, en provincias, estarán ustedes poco al tanto de esas cosas.

—Nada, hombre, nada.

—Es natural. Les falta el roce y la... Allí dá gusto; de todo se trata y en todo se ilustra la persona... ¿Deseaño más?

—Está bastante.

—¿Fria, ó caliente?

—De la más fría.

—Tenga V. la bondad de *ensugarse* con esta *toballa*. Le daré á V. unos golpes de peine.

—¿En dónde?

—En el pelo... Oh! cabayero; qué antigua es ya esa moda que V. *lleva*. Ahora en Madrid todos los chicos *distinguidos* llevan el pelo en *bandós*...

—Sí, eh? Pues deje V. lo mio como está, y así seré mucho más *distinguido*.

—Como V. guste, cabayero... Conque tambien tienen ustedes ya tran-vía?

—Así parece.

—Han querido imitar al de Madrid. ¡Aquel sí que es tran-vía!

—Mejor que este, eh?

—Qué tiene que ver! Sin embargo, cabayero, para una provincia, este es todo lo que se puede pedir.

—Ya me hago cargo. Además, aquel recorre sitios más amenos,

—Muchísimo más! Recoletos, la calle de Alcalá, la Mayor, Palacio, el barrio de Pozas... Todo Madrid; conque, figúrese V.

—Al paso que aquí, Molnedo, San Martín, la Magdalena, el Sardinero...

—Eso es: mucho prado, mucha mar... rústico todo. Pero no hemos de pedir en una provincia las ventajas de un Madrid! ¡Cuántas tiene V. en España todavía mucho más atrasadas que ésta! Pero ya irán ustedes entrando poco á poco. Por de pronto, la buena sociedad madrileña que les visita todos los veranos, ya adorna esto, y algo ilustra. Misté; el domingo fuí yo en el tran-vía, y se me figuraba que estaba en Madrid. Todos los pasajeros éramos de allá, y todos conocidos. Así es que la gente se nos quedaba mirando cuando nos apeamos.

—Qué le parece á V.!

—Lo mismo me sucede cuando voy por las mañanas á tomar el baño. Toda la gente que anda por el arenal y por la galería, somos de Madrid. De modo que todo se le vuelve á uno saludar. Le digo á V., cabayero, que algunas veces me parece que estoy en el *Prao*, y me dá tristeza.

—Por qué, hombre?

—Ya vé V. la *diferencia*. Cuatro peñascos, un arenal y *un poco* de agua. Compáreme V. esto con aquel gentío de carruajes, con aquellos palacios y aquel *vaivien* de sociedad que á veces no *cabemos* en el salón... porque, créame V., cabayero, aquello es *la mar* de elegancia... Esto no es decir que el Sardinero sea del todo malo, pues, para una provincia, no puede pedirse más; pero desengáñese V., á los que estamos hechos á aquel Madrid... ¡Ay, Madrid de mi alma!—Está V. servido, cabayero.

—Muchas gracias, amigo.

—Me alegraré haberle dado gusto.

—Pues vaya V. alegrándose.

—Ya lo sabe V.; por ahora, desgraciadamente, aquí; desde el mes que viene, calle del Carmen, peluquería de Prats, para cuanto se le ocurra.

—No olvidaré las señas. Con que agur, y aliviarse de las *escriúfulas*.

—Tantísimas gracias... Beso á V. su mano, cabayero.

JOSÉ M.^a DE PEREDA.

(Continuará.)

A.

Ansioso buscaba por tierras y mares,
mi espíritu inquieto, á un sér ideal:
á un sér que del mundo, los rudos pesares,
risueño pudiérame en dichas trocar.
Insulsas mujeres hallaba á millares:
al sér de mis sueños, al ángel, jamás.

De penas herido mi pecho, decia:
—«¿En dónde se oculta mi angélico sér?
Los cielos le guardan! Quizá mi porfía
ociosa, importuna, ridícula es!»—
—«Soy yo,» de cien bellas la voz repetía,
—«Ay! no,» contestéles al cabo á las cien.

«No existe en la tierra, no es digna tan triste
guarida de vicios de ser su mansion.»
Entonces radiante tu faz descubriste,
luciendo cual astro de vivo fulgor:
en dulce mirada la vida me diste:
soy ya venturoso. ¡Bendígate Dios!

TOMÁS FERNANDEZ DE CASTRO.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

26. Teniendo Santander comunicaciones más fáciles y directas que Madrid y Barcelona con la América española para la exportación de sus productos tipográficos, y con los puntos de España y del extranjero donde más adelantada se halla la fabricación del papel, tipos y máquinas de imprenta ¿qué le falta para poder ser un gran centro editorial, como lo han sido y son dentro y fuera de la Península, ciudades que ni en número de habitantes, ni en movimiento literario la aventajan?

G. L.

27. Francisco Martínez de la Mata en su *Epítome*, publicado por Campomanes en el *Apéndice á la Educación popular*, cita un *Memorial sobre reformation de trajes*, escrito por Juan de Santillana (en el siglo XVI). ¿Sería natural de la Montaña este autor?

L. R.

28. ¿Cuál fué la causa y origen del nombre de *Astúrias de Santillana* con que en los pasados siglos era conocida una gran parte del territorio que hoy forma la provincia de Santander?

G. L.

29. ¿Existió el feudalismo en la montaña? ¿Se ha escrito algun libro relativo á las luchas y pleitos sostenidos entre los pueblos y los señores en esta provincia?

R. DE L. M.

30. ¿Cuál es la etimología de *Liébana* y de *Santoña*?

G. R.

31. ¿Hay alguna historia de la antigua fábrica de la Cavada?

G. R.

32. ¿Se sabe en qué punto de la Montaña nació el célebre poeta D. Antonio Hurtado de Mendoza?

G. L.

33. ¿Qué eran *las cuatro sacadas*?

R. DE L. M.

Contestacion á la pregunta 25.

Diré al Sr. X Y Z, que he supuesto autor de las *Memorias á Santander y espresiones á Cantabria* á Fr. Ignacio Boó Hanero, porque el erudito montañés D. Manuel Assas en su *Crónica de la provincia de Santander* afirma esto mismo, no pudiendo dudarse de que aquel sábio arqueólogo ha visto y leído el manuscrito, pues afirma que supone Boó y Hanero que Túbal hizo su primer asiento en lo que más tarde se llamó Cantabria, dando el Sr. Assas, además, la noticia de que el P. Boó era monge de Santa Catalina de Monte Corvan, y que escribió su obra por los años 1767 al 72.

M. DE C.-M.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

BOCETOS AL TEMPLE, por D. JOSÉ M.^a DE PEREDA, individuo correspondiente de la Real Academia Española.—Madrid, imprenta de J. M. Perez, 1876.

Fausto suceso es sin duda para las letras montañesas la aparición de este volumen, obra de uno de sus más preclaros ingénios: venturoso es asimismo para la pátria literatura que gana una nueva joya de inestimable valía, de subidísimo precio, digna de añadirse á las pocas que son gala y orgullo

de los propios, admiracion y codicia de los extraños. Con sus dos primeros libros puso el Sr. Pereda muy alto el punto de su fama; poco ó nada podía esperarse en su género superior á los cuadros montañoses, dechados de sano y hermoso *realismo*; solo era de desear que se mantuviese el escritor en la altura dominada, que no enervase por la inaccion sus fuerzas, que extendiese el campo de su observacion sin perder el sello local y personalísimo que le caracteriza, y que llegase á ser en todos conceptos, y por todos reconocido, lo que para muchos fué desde su entrada en la república de las letras, uno de los primeros novelistas españoles. El nuevo libro de nuestro ilustre conterráneo, no superior á los primeros, porque fuera difícil esto, pero, igual á lo menos en el conjunto, aventajándoles en ciertas dotes, ha venido á colmar nuestras esperanzas, haciéndonos desear tan solo que así como pasó el Sr. Pereda del breve cuadro de costumbres á la novela corta, ascienda de esta á la novela larga, y la haga suya por derecho de conquista, seguro de que no han de flaquearle las fuerzas ni desfallecerle el ánimo para tamaña empresa necesarios.

Los Bocetos al temple son tres novelas tan breves en volumen como ricas en literarios primores. Su autor permanece fiel al *realismo*, y esto que para muchos sonará á censura, es en boca nuestra su mayor elogio, porque hartos se nos alcanza que el género de costumbres ha de ser *realista*, só pena de faltar á su índole y alterar torpemente sus condiciones artísticas esenciales.

Sabida cosa es que lo real y lo ideal se disputan el dominio del arte, inspirando alternativamente creaciones, al parecer, opuestas, y es hoy lastimoso error, de sobra comun presentar como antitéticos y repulsivos entrambos términos, y aun interpretarlos falsa é inadecuadamente. En esa eterna disputa de *realismo* é *idealismo* que ha sustituido á la antigua (no menos impertinente) de *clásicos* y *románticos*, se barajan las frases y se tuercen los conceptos, hasta el punto de llamarse *realismo* por algunos á la seca, fría y grosera representacion de los vicios y maldades humanas, siendo así que esta reproduccion, lejos de ser de lo real, peca de falsamente *idealista*, primero, porque presenta como general lo que es aberracion y accidente, segundo, porque envuelve las más veces en el pensamiento de sus autores, una monstruosa *idealizacion* y apoteosis del perverso estado social que se describe. Lo real es tan legítimo como lo ideal en el arte, pero ni uno ni otro caminan nunca, ni pueden caminar, aisladamente. No se comprende *realismo* sin un *ideal* bueno ó malo á que referirle, ni hay *idealismo* que no tenga algún fundamento en la

realidad. Sin llegar hasta la doctrina hegeliana que identifica la idea con el fenómeno, considerando el segundo como simple *manifestación* de la primera, puede afirmarse con seguridad absoluta, y como principio de sentido común, que sólo en géneros falsos y artificiales se concibe la separación de lo *real* y de la *idealidad* en el arte. El *realismo* puro nos llevaría á la escuela prosáica del siglo pasado, á los poemas descriptivos á modo de inventario, al *Observatorio Rústico* de Sálas, ó á los tratados de medicina en verso. El falso y necio *idealismo* tiene por formas y tipos la poesía bucólica de pastorcitos atildados y discretas zagalas, ó la tragedia francesa de alto coturno, estirada y rígida, sentenciosa y grave, cuyos personajes á ninguna época ni estado social pertenecen, ó la novela sentimental de que Dios por su infinita misericordia nos libre, ó aquella poesía feudal y andantesca, un tiempo en moda, ó mil otras aberraciones que pasan, sin dejar rastro, en época determinada. La distinción de *realismo* é *idealismo* debe conservarse en la ciencia, porque es cómoda y fácil de aplicar á casos particulares, pero ni conviene abusar de ella, ni darla más alcance del que tiene. El arte para nosotros (como para el sábio estético Milá y Fontanals, primero entre nuestros literatos contemporáneos) consiste en ver lo *ideal* en el seno de lo *real*: es la *realidad idealizada*. El *Sancho cervantesco* es tan *real* que nos parece verle, y conversar familiarmente con él, y es sin embargo la *idealización* poderosa y admirable de una fase del espíritu humano.

Y decimos todo esto, que á algunos parecerá estemporáneo, porque nos han hastiado hasta lo sumo las sabidas expresiones de *realista*, *sarcástico*, *pesimista*, *pintor de género*, *gran fotógrafo*, *Teniers cántabro*, etc., etc., que unos en son de elogio y otros de censura han tributado al eminente escritor de cuyo libro vamos á decir breves palabras. Los pintores de escenas idílicas, de empalagoso, optimista y bonachon *idealismo*, han pecado sobremanera en este punto. Comenzando por el Sr. Trueba, contagiado hasta el extremo de ese falso gusto y, además, de la extraña manía de presentarnos las Provincias Vascongadas como dechado de felicidad y de virtudes, ¡cuántas herejías artísticas no se han dicho sobre las pobres *Escenas Montañesas*!

El Sr. Pereda es *realista* como debe serlo todo escritor de costumbres, y como en realidad lo es, queriéndolo ó nó, todo artista, siempre que exprese ideas ó sentimientos verdaderos y humanos, porque tan *real* es la idea ó el sentimiento como el hecho. El Sr. Pereda no es *fotógrafo* grande ni chico, porque la fotografía no es arte, y el Sr. Pereda es un gran artista. La fotografía reproducirá los calzones rotos, la astrosa

camisa y la arrugada y curtida faz del viejo marinero santanderino, pero solo el Sr. Pereda sabe crear á *Tremontorio*, reuniendo en él los esparcidos rasgos, infundiéndole con potente soplo, vida y alma, y dando un nuevo habitador al gran mundo de la fantasía. Esa pretendida exactitud fotográfica es el grande engaño del arte, la gran prueba del poder mágico del artista: sus personajes no están en la *realidad*, pero pueden estarlo, son *humanos*, nos parece que viven y respiran, son la *idealización* de una clase entera, la *realidad idealizada* que Milá recomienda.

Por su afición á cierta clase de escenas populares, ricas de vida y colorido, hánle llamado algunos *Teniers cántabro*. (1) Convenimos en que tal vez *Cafetera* y el *Tuerto* y *Tremontorio*, y *El Tío Geromo*, y *Juan de la Llosa*, y el mayorazgo *Seturas*, y el jándalo *Mazorcas* y el erudito *Céncio* sean de *mal tono* en un salon aristocrático; pero vayan á consolarse con sus hermanos mayores *Rinconete* y *Cortadillo*, *Lázaro de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, y con los venteros, rufianes y mozos de mulas de toda nuestra antigua literatura, y con los héroes del Rastro, eternizados por D. Ramon de la Cruz. —Y si á alguno desagradan los porrazos de la *Robla*, y las palizas sacudidas por su marido á la nuera del tío *Bolina*, y las consecuencias de *Arroz y gallo muerto*, acuérdesese de los molimientos de huesos que sacó don Quijote de todas sus salidas, de las extraordinarias aventuras de la venta, de los apuros de Sancho en la célebre noche de los batanes, y acuérdesese (si es hombre erudito y sabe griego) de los mojicones de Ulises á Iro en la *Odisea*, de los *regüeldos* de Polifemo en su caverna, y de otras escenas semejantes, que dán quince y falta á todos los *realistas* modernos. Y cualquiera puede resignarse á ser *Teniers* en compañía de Homero y de Cervantes. Borrachos y mendigos, y bufones, pintó Velazquez, el gran maestro del *Realismo*, y nadie le ha comparado con *Teniers*, á pesar de eso.

En nuestro entender, el Sr. Pereda es el primer escritor de costumbres que España ha producido en el siglo XIX. Supera á Mesonero Romanos en la energía de los caracteres y de las situaciones, en riqueza de fantasía, y en el arte del diálogo, del cual es nuestro literato acabadísimo modelo. Supera en todo á Estébanez Calderon, que no es, propiamente hablando, escritor de costumbres, sino un erudito de lenguaje trabajado y arcáico, grande artífice de palabras, y en tal artificio excelente. Aventaja á Fernán Caballero, en corrección,

(1) El ilustre escritor montañés Juan Garcia protesta como nosotros, contra este calificativo en su bello artículo de *La Montañesa*, (*Las mujeres españolas, etc., etc.*)

igualdad, nervio y gusto, sin que le afeen nunca las prolijas reflexiones y jeremiadas de la célebre escritora, con ser el fondo de la doctrina y el fin moral tan sanos en el uno como en la otra. Tiene además el Sr. Pereda personalidad artística incontestable, y estilo propio, suelto y vigoroso, que no se confunde con ninguno, ni aun en los cuadros (muy escasos) de su primera época que recuerdan el género de Mesonero (*La primera declaracion, Las visitas*, etc.) ni aun en *Las Brujas*, que tiene algo de Fernan Caballero. El carácter local que aparece en todos sus escritos contribuye á separar más y más á Pereda de la literatura amanerada y trivial que tiene en Madrid su foco y residencia. Es un escritor por excelencia *montañés*, es *la Montaña* personificada, y en esto consiste gran parte de su gloria. Se ha mantenido libre de todo contagio extraño, y ha descrito con ideas y sentimientos *montañeses* las costumbres y el paisaje de su nativa tierra.

De más alcance y trascendencia quizá que los primeros cuadros de costumbres, son los *Bocetos al temple*, en los cuales el autor no ha temido examinar tres de las más graves dolencias de la sociedad actual, señalando á la par sus remedios con alto, generoso y sano espíritu, sin que la intencion filosófica perjudique nunca, cual en otros autores acontece, á la perfeccion estética del conjunto.

En *La Mujer del César* ha presentado el Sr. Pereda lo que con frase poco castellana (á Dios gracias) se llama *alta sociedad* y *gran mundo*, centro de corrupcion solapada, de ligereza y de falsía, mar en que peligra el honor, y la opinion suele anegarse. Como acontece esto, aun sin notoria caida, muéstralo el Sr. Pereda en cabeza de Isabel, mujer de nobles instintos, descaminada por la ostentacion y el orgullo, á quien una fatal combinacion de circunstancias hace aparecer culpada á los ojos de ese mundo. Magistralmente retrata el novelista los tipos que la *alta sociedad* engendra y tiene por ornamentos, la Marquesa filantrópica, el Marqués viejo y ridículo, el alimbarado revistero *Lúcas Gomez*, y sobre todos el *irresistible Vizconde, Frasco Perez*, el *hombre de moda*, tan dañino como mentecato y cobarde. Y en frente de todo este mundo artificial coloca el Sr. Pereda el buen sentido y la sana razon de un mayorazgo montañés, que ni comprende la ley del duelo, ni se explica las contradicciones y absurdos sociales, y que es, no obstante, el salvador de la honra, reposo y tranquilidad de su hermano.

La accion de esta novela es interesante, y tan dramáticamente desarrollada que pudiera llevarse sin dificultad á las tablas. Hay diálogos magistrales, escenas de seguro efecto, verdad y aun profundidad psicológica en el carácter de Isa-

bel, sátira punzante é incisiva de los yerros sociales, elevación y nobleza en la parte seria, ática sal en la cómica, y tales dotes, en fin, que demuestran en el *Teniers cántabro* aptitud sobrada para algo más que la pintura de bodegones.

Los Hombres de Pró es un delicioso cuadro de costumbres políticas, tan rico, animado y lleno de movimiento y vida, que no lo hiciera mejor Cervantes, si volviese al mundo, y fuese elector, y elegible, y candidato, y diputado á Córtes.

La biografía del héroe *Simon Cerojo*, tan semejante á la de muchos *padres de la patria*, está narrada con tan gracioso desenfado, con tal copia de chistes de buena ley y cómicas situaciones, que para amigos y enemigos de las doctrinas del autor ha de ser lectura agradabilísima. El viaje electoral de *D. Simon de los Peñascales* (metamorfosis del antiguo Cerojo,) los estrafalarios tipos de personajes influyentes en el sufragio y en especial el originalísimo del hidalgo D. Recaredo, la conversión ministerial del candidato á última hora, la donosa caricatura del sistema parlamentario, las marañas de cierto periodista diplomático, las conferencias con el Ministro, los apuros oratorios de D. Simon, y hasta la carta de doña Juana, curiosa parodia de las crónicas de salones, son en su línea de lo más agradable que hemos saboreado. No oculta el autor su justa antipatía al parlamentarismo, farsa tan cara como risible, ni el bien fundado menosprecio que le inspiran las movedizas y trasplantadas instituciones, sin raíz en nuestra historia y costumbres, que han sustituido á las antiguas, venerandas tradiciones, dignas de conservarse en lo que de bueno y útil tenían, modificadas al tenor de las necesidades actuales, ni su incredulidad en cuanto á la eficacia de la discusión que dá más humo que luz en muchos casos, ni su amor á los principios absolutos y á las lógicas consecuencias, en oposicion á los subterfugios, *logomáquias* y distingos de los hombres *de justo medio* y *ancha base*, en este siglo tan frecuentes.

Pero aparte de la doctrina política que juzgamos atinada, ¿quién negará á *Los Hombres de Pró* altísimo mérito literario? Sus descripciones y diálogos son inimitables, y aun en la parte episódica hay un coloquio de niñas, que conceptuamos de primer orden, tan bueno, aunque no tan cándido ni optimista, como los mejores de Fernán Caballero. Esmaltan esta novelita preciosos rasgos locales que no dejarán de advertir y apreciar ciertos lectores, por más que el autor haya querido dejarlos indecisos acerca de la patria del personaje, abriendo este inagotable tema á la curiosidad de los futuros eruditos.

Algo de esto acontece también en el *boceto* rotulado *Oros son triunfos*, por más que la calamidad social indicada en su

título aparezca de igual modo en muy diversos tiempos y lugares. Para describirla el Sr. Pereda ha aprovechado algunos incidentes de uno de sus *Ensayos dramáticos* (peregrino libro que ha de despertar en alto grado la codicia de los bibliófilos) pero dando mayor estension y formas novelescas al cuadro. Más aun que el conjunto, nos agrada en él los pormenores. El tipo del *Indiano* es excelentísimo, y uno de los mejores que ha trazado la pluma del Sr. Pereda: algo conserva del de la antigua comedia, pero así en carácter como en lenguaje muy modificado. La debilidad de D. Serapio y el sacrificio de Enriqueta están hábil y gradualmente preparados. El carácter de la madre es de verdad espantosa.

Este cuadro no está terminado y exige imperiosamente una continuacion. El autor lo ha reconocido, y hasta empeña su palabra de escribirla. No dudamos que la cumplirá, como de él se espera, trazando una novela que puede ser rica y variada en episodios, profunda en la intencion moral y de grandes enseñanzas. Hágalo como sabe y puede, el Sr. Pereda, no sea que algun erudito estampe mañana el título de la obra prometida y no vista en algun suplemento á la *Bibliotheca promissa et latens* de Almeloveen.

En resúmen: los *Bocetos al temple* son un libro de oro, que es imposible dejar de la mano, una vez comenzado. La frescura, espontaneidad y nervio del estilo, la individualidad y fuerza de los caracteres, el interés no pequeño de la accion, el sentido moral, purísimo y claro, son tan admirables en este como en los dos anteriores libros del Sr. Pereda. El lenguaje es, sin la más leve afectacion, puro y castizo, como de quien tan dignamente lleva el honroso título de correspondiente de la Academia Española. Sobresale el Sr. Pereda entre los que con más éxito han intentado reanimar nuestra lengua marchita por los atildamientos cortesanos y las importaciones extranjeras, con la vigorosa sávia del *provincianismo*.

Aquí ponemos término á esta desmadejada revista, muy inferior sin duda á lo que libro tan excelente merece, enviando nuestra cariñosa y leal felicitacion al ingeniosísimo autor de *La Mujer del César*, *Los Hombres de Pró y Oros* *son triunfos*, luz y espejo de los escritores de Cantabria, y orgullo de la provincia que le cuenta entre sus más ilustres hijos.

M. M. P.

Obras que se hallan de venta en la Administracion de

LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses, 1.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas—Coleccion de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda série de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García.—Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas). *Marina*.—*Un cuento viejo*.—*Bromas y Veras*.—*A flor de agua*.—*La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García.

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.—Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafalgar (2.ª edicion).

La corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartin.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martín el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frailes menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.^o y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.^o

LA TERTULIA.

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.^o de 404 páginas de esmerada impresion.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de **La Tertulia**, Arcillero, 1, principal.